

La escritura del límite

Mabel Moraña



Iberoamericana · Vervuert · 2010

ÍNDICE

Reservados todos los derechos

© Iberoamericana, Madrid 2010
Amor de Dios, 1 – E-28014 Madrid
Tel.: +34 91 429 35 22
Fax: +34 91 429 53 97
info@iberoamericanalibros.com
www.ibero-americana.net

© Vervuert, 2010
Elisabethenstr. 3-9 – D-60594 Frankfurt am Main
Tel.: +49 69 597 46 17
Fax: +49 69 597 87 43
info@iberoamericanalibros.com
www.ibero-americana.net

ISBN 978-84-8489-543-5 (Iberoamericana)
ISBN 978-3-86527-583-7 (Vervuert)

Depósito Legal: SE-5028-2010

Cubierta: Carlos Zamora
Imagen de cubierta: *The Weight of Things*, detalle de instalación, 2008-2009,
Rosalía Bermúdez
Impreso en España por Publidisa
The paper on which this book is printed meets the requirements of ISO 9706

Aclaraciones y agradecimientos	9
Introducción: <i>La escritura del límite</i>	11
Buscando al Inca desde nuevos debates	27
Barroco/Neobarroco/Ultrabarroco. De la colonización de los imaginarios a la era postaurática: la disrupción barroca	51
Mariátegui en los nuevos debates. Emancipación, (in)dependencia y «colonialismo supérstite» en América Latina	93
Territorialidad y forasterismo: la polémica Arguedas/Cortázar revisitada	143
Ideología de la transculturación	159
Violencia en el deshielo: imaginarios latinoamericanos postnacionales después de la Guerra Fría	169
Violencia, sublimidad y deseo en <i>Los ejércitos</i> , de Evelio Rosero ...	185
Repetición, <i>diferencia</i> y ruina en Pedro Lemebel	203
«A río revuelto, ganancia de pescadores». América Latina y el <i>déjà vu</i> de la literatura mundial	221
El disciplinamiento de los estudios culturales	239
El multiculturalismo y el tráfico de la diferencia	253
Bibliografía	277

ACLARACIONES Y AGRADECIMIENTOS

Mabel Moraña

Algunos de los textos de este libro fueron publicados con anterioridad, pero las versiones aquí incluidas han sido modificadas y ampliadas, en algunos casos considerablemente. Deseo agradecer a quienes publicaron en primer lugar estos estudios y también a los colegas e instituciones que me invitaron a presentar muchas de estas ideas en sus universidades en Estados Unidos, Europa y América Latina, dando lugar así a un diálogo productivo sobre estos temas. Algunos de estos tópicos fueron también objeto de discusión en mis clases de Washington University en St. Louis, donde el intercambio con mis estudiantes fue para mí particularmente estimulante y provechoso. El estudio sobre «Barroco/Neobarroco/Ultrabarroco» aparece aquí por primera vez en castellano. En todos los capítulos, las citas de libros o artículos publicados en otro idioma han sido traducidas por mí, a menos que se indique lo contrario. A todos los colegas con quienes he mantenido diálogo sobre estos temas a lo largo de los últimos años, a quienes colaboraron en la preparación de este manuscrito y a la editorial Iberoamericana/Vervuert que acogió este libro para publicación, mi mayor agradecimiento.

INTRODUCCIÓN

LA ESCRITURA DEL LÍMITE

Amplia y al mismo tiempo puntual y operativa, la noción de límite, como la de crisis, es recurrente en el discurso crítico del latinoamericanismo. En los intentos por definir un territorio conceptual escurridizo, difícil de acotar y al mismo tiempo marcado por su innegable especificidad histórica, política y social, la alusión a las ideas de límite, frontera, borde, orilla o margen, para mencionar aquí sólo algunas de las denominaciones que comparten un mismo campo semántico, remiten inevitablemente a la existencia o presuposición de un afuera constitutivo, temporal, espacial, epistemológico, legal o identitario. Incitan a pensar en términos oposicionales, a veces maniqueos (lo que está de un lado u otro de la demarcación) o, contrariamente, a reflexionar sobre los intercambios y conflictos que la línea imaginaria del límite pone en circulación.

En torno a la noción de límite se definen cuestiones de poder, estrategias de transgresión o resistencia, formas deliberadas, legítimas o fraudulentas de penetración en el campo excluido. Se establecen también principios de inmanencia que concentran, aíslan o intensifican contenidos que sin el límite flotarían nomádicos, en un espacio desestructurado. Nacido para ser transpuesto y violentado, el límite tiene que ver con los conceptos de propiedad y pertenencia. Hace pensar en criterios de distribución, en pactos, concesiones o prebendas. Todo límite consolida bienes, espacios y valores «propios» y remite, por oposición, a la (des)posesión y al (des)amparo. Constituye un llamado de atención, un desafío, una provocación. Define, compartimenta, aparta, invita a la negociación o al tráfico ilegal, radicaliza, ordena, expulsa y encierra. Tiene casi siempre connotaciones ético-políticas imposibles de desconocer y existe, al mismo tiempo, como exterioridad y como subjetividad, interpelando al individuo y a la comunidad tanto desde el punto de vista intelectual como afectivo. Sugiere numerosos interrogantes: ¿A qué amos sirve el límite? ¿Quién lo administra? ¿Qué narrativas lo legitiman y sobre qué argu-

mentos es desautorizado? ¿Cuáles son sus grados de rigidez y de porosidad? ¿Qué energías se cuelan por sus intersticios y sus grietas? ¿Con qué lenguaje –con qué lengua– nombrarlo? ¿Qué dinámicas hacen estallar el límite y qué figura pasan a formar sus fragmentos?

En *Aporías*, Jacques Derrida reflexiona sobre los límites de la verdad y de la muerte, y admite que toda exploración sobre esos temas implica una práctica de contrabandista: un tráfico ilegal de significados de un lado a otro de las delimitaciones establecidas, una reterritorialización del sentido, un nomadismo entre disciplinas, espacios del saber y experiencias de vida (Derrida 1998: 18). Se ocupa asimismo de la frontera de la traducción: no la demarcación entre dos lenguas, sino la línea que «separa la traducción de sí misma, y la traducibilidad dentro de una sola y misma lengua» (ibíd.: 27). Todas estas formas del límite implican una reflexión sobre la propiedad (de la vida, de la lengua materna, de la relación del individuo con sus contextos históricos, lingüísticos, discursivos) recordando, como Derrida indica, que

ningún contexto es absolutamente saturable o saturante. Ningún contexto determina el sentido hasta la exhaustividad. No produce ni garantiza, pues, fronteras infranqueables, umbrales que ningún paso podría pasar, traspasar, *trespass...* (ibíd.: 26).

Los ensayos reunidos en este libro se centran justamente en los intentos por explorar y transgredir el límite (de la verdad, de la comunicabilidad, de lo representable) por parte de sujetos fuertemente afincados en sus contextos y asimismo proyectados hacia un territorio de saber (de conocimiento, emoción y acción intelectual) que sobrepasa su circunstancia, dando por resultado un *surplus* del sentido, un excedente significativo que desborda los límites de la hermenéutica y desafía los de la teoría. Intentan, además, ubicarse en la zona de incertidumbre que crea la desarticulación de los principios binarios que guíaran la lógica de la modernidad para des(en)cubrir zonas rarificadas de significación que se instalan justamente en el tiempo/espacio de la difuminación de delimitaciones (de la identidad, los territorios, los deseos, los discursos) preestablecidas y gestionadas desde los lugares del poder.

Desde su origen, las sociedades postcoloniales americanas empujan hasta el límite los proyectos civilizadores, ya que se encuentran en el

espacio mítico en el que solía ubicarse el fin del mundo y el final de los tiempos. Concebido como existiendo fuera de la Historia, el mundo americano nació como *confin*: como el espacio ilimitado y remoto donde el significado se abisma y se disuelve. Es, asimismo, un límite que se identifica con la periferia, la barbarie, el salvajismo, la marginalidad y el subdesarrollo, que desde entonces son el afuera constitutivo de la Misimidad imperial, en cualquiera de las formas históricas que ésta asume. Desde el límite latinoamericano las plataformas del occidentalismo resultan relativas, apelables, y las grandes categorizaciones deben ser cualificadas: capitalismo *dependiente*, modernidad *periférica*, epistemología *alternativa*, Barroco *de Indias*, realismo *mágico*. Es justamente esta caracterización –que pone los modelos consagrados en tela de juicio, los matiza y adapta a las condiciones concretas de existencia del mundo americano– la que registra el particularismo de formaciones sociales que nacen marcadas por el trauma del colonialismo y la excepcionalidad.

El límite es entonces percibido, desde algunas perspectivas, como una imposición autoritaria que sirve, sobre todo en los horizontes de la modernidad, para delimitar territorios, defender intereses, definir identidades, organizar centros y periferias dentro y fuera del Estado-nación. Los conflictos de límites acompañan el surgimiento y consolidación de los Estados nacionales. Desatan pasiones, impulsos de agresión y defensa, apropiación y posesión; inspiran acciones bélicas que, con frecuencia, cobran vidas y dejan rastros duraderos en la configuración político-administrativa de los Estados y en los imaginarios colectivos. Pero ninguna frontera impide la penetración cultural, la influencia del gran capital ni la depredación imperialista.

El proceso de globalización y los cambios sociales que ésta trae aparejados en y con respecto a espacios periféricos, van cambiando, sin embargo, los términos en los que se entiende la noción de frontera. En un mundo integrado tanto por los impulsos globalizadores como por las dinámicas de resistencia que plantean alternativas a los discursos y al orden dominantes, en las últimas décadas se han popularizado más bien las nociones de «zona de contacto» (Pratt 1992) y «entre-lugar» (Santiago 1978) para contrarrestar la fijeza dictatorial del límite.¹ Esas nociones

¹ Pratt explica que con el término «zona de contacto» se refiere al «espacio de encuentros coloniales, en el que pueblos geográfica e históricamente separados entran

muestran el carácter tentativo, provisional y variable del límite, y ayudan a relativizar su carácter conservador y restrictivo. El límite no es, desde esta perspectiva, línea de partición, sino área fértil en la que se intercambian y combinan sujetos, mercancías, discursos y proyectos, creando una epistemología *otra* donde la mezcla es más que y diferente a la suma de sus partes.

Homi Bhabha reflexiona sobre el tema de la frontera desde el comienzo de *The Location of Culture* para ubicar justamente el espacio intermedio en el cual se elaboran estrategias identitarias individuales o colectivas, signos de identidad que guían las relaciones intersubjetivas, la relación de pertenencia del individuo a la patria, a la lengua, a la comunidad. Pero Bhabha no se interesa en las singularidades o en las diferenciaciones, sino en los intercambios y re(ve)laciones a que da lugar el límite. Comienza por citar a Heidegger: «una frontera no es aquello ante lo cual algo se detiene sino, como los griegos reconocían, la frontera es aquello a partir de lo cual algo inicia su presencia».² Entiende que

en contacto y establecen relaciones que en general suponen condiciones de coerción, desigualdad radical e insolubles conflictos» (1992: 6). Y agrega: «una perspectiva de 'contacto' enfatiza cómo los sujetos están constituidos en y por sus relaciones mutuas. Se refiere a las relaciones entre colonizadores y colonizados, o viajeros y viajantes [*travelees*], no en términos de separación o *apartheid*, sino en términos de co-presencia, interacción, entendimientos y prácticas estrechamente vinculados, a menudo dentro de relaciones de poder radicalmente asimétricas» (ibíd.: 7). En el caso del concepto de Silvano Santiago, que se nutre más bien de elementos barthesianos y derrideanos, se apunta más que al aspecto relacional, a los contenidos intersticiales (ubicados en el «entre lugar») que se van definiendo entre los discursos dominantes que se toman como modelo y las transgresiones que éstos inspiran, entre asimilación y diferenciación, sumisión y enfrentamiento. La noción de «*fora de lugar*» se refiere asimismo a los descentramientos y desplazamientos que sufren los modelos culturales en su recepción periférica. Como Pratt, aunque con una aproximación diversa, Santiago analiza conexiones, fronteras, mixturas de significados y formas culturales, que son canibalizados en Latinoamérica pasando a integrar un cuerpo de conocimientos *otro* donde el límite entre lo propio y lo ajeno resulta indistinguible. Según Santiago: «Entre el sacrificio y el juego, entre la prisión y la transgresión, entre la sumisión al código y la agresión, entre la obediencia y la rebelión, entre la asimilación y la expresión –allí, en ese lugar aparentemente vacío, tiempo y lugar de clandestinidad, allí se realiza el ritual antropófago de la literatura latinoamericana» (1978: 28). Sobre el tema del «entre lugar» o «*in-betweenness*», ver también, desde otra perspectiva, Agamben (1999) y, como se indica a continuación en este trabajo, Bhabha (1990 y 1994).

² La cita de Bhabha en inglés del texto heideggeriano, es la siguiente: «A boundary is not that at which something stops but, as the Greeks recognized, the boundary is

el dominio de la cultura es justamente el que se extiende en el espacio de incertidumbre en el que los términos binarios que guiaron el proyecto de la modernidad (identidad/diferencia, pasado/presente, adentro/afuera, inclusión/exclusión) empiezan a combinarse de maneras nuevas, en diseños inéditos que acompañan la vuelta del siglo XX y el comienzo del nuevo milenio. Bhabha está interesado más por el «*in-between*» que Silvano Santiago pusiera sobre el tapete a finales de los años setenta y que luego fuera retomado en distintas articulaciones por diversos autores. Dice Bhabha:

Es en la emergencia de los intersticios –la superposición y desplazamiento de dominios de diferencia– que se negocian experiencias intersubjetivas y colectivas de nación («*nationness*»), interés comunitario o valor cultural (1994: 2).

Bhabha valora sobre todo, en el estudio de la subjetividad postcolonial y su historicidad, la función de la cultura como oportunidad y dispositivo para la renovación del pasado, para su «re-figuración como un espacio contingente *in-between* que innova e interrumpe el *performance* del presente» (ibíd.: 7). La cultura constituye entonces ella misma una forma de traducción de la experiencia, una línea divisoria pero integrativa entre pasado y presente, una localización siempre variable de perspectivas, valores, articulaciones, que guían el proceso de traducción/traslación del sentido y las dinámicas interpretativas que lo acompañan. La cultura es entonces con su repertorio de procedimientos y estrategias, una forma de interrupción/intervención que explora los límites de la experiencia y del lenguaje, las zonas de contacto intersubjetivas e interculturales, las temporalidades y espacios que constituyen la historia cotidiana.

Atravesada por los fenómenos de desplazamiento y desterritorialización (diásporas, exilios, migraciones) la postmodernidad pone el acento en los tránsitos que desdibujan las delimitaciones que son propias del período anterior. Releva y teoriza el surgimiento de identidades híbridas, la trayectoria que siguen individuos, mercancías y proyectos a tra-

that from which something begins its presencing» (Heidegger 1971; citado por Bhabha 1994: 1).

vés de fronteras reales y simbólicas, los regímenes flexibles de producción y el consumo transnacionalizado de bienes donde la marca de origen indica sólo los vestigios de formas de arraigo y pertenencia del capital a mercados nacionales que la globalización reabsorbe y rearticula aceleradamente.

Dentro de estos debates, la noción de límite, que habita en el núcleo mismo de la imaginación pública y privada, es evocada cada vez más en conjunción con los conceptos de transgresión o de superación, de los que ya resulta inseparable. Los post- que proliferan hacia el fin del milenio sólo tienen sentido como expresión de un mundo que se piensa a sí mismo a partir de un proceso de descategorización que avasalla los espacios discretos, claros y distintos, de la razón moderna.³ La diferenciación entre Norte y Sur, real y virtual, centro y periferia, rico y pobre, blanco y negro, global y local, hegemonía y subalternidad, no ha desaparecido, pero las diseminaciones de uno en otro son las que ocupan hoy por hoy los espacios de la teoría y la crítica cultural, las que son objeto de representación simbólica y las que interrumpen productivamente el horizonte ya enrarecido de nuestras certezas y nuestras expectativas. Nelly Richard analiza la desarticulación de las fronteras entre identidad/alteridad y centro/periferia para instalar la discusión sobre postmodernidad en América Latina en un panorama crítico-teórico abierto a nuevas articulaciones. No obstante, éstas no cancelan diseños de poder/saber que rigen en la globalidad como rigieron en la modernidad, aunque bajo condiciones de producción cultural ahora sustancialmente diferentes. Descentramientos del sujeto y multiplicación de alteridades que ya no son exteriores al sistema cultural dominante sino que lo atraviesan; no cancelan sin embargo la necesidad de reivindicar una especificidad latinoamericana enraizada en la historia colonial que impide «reducir al ‘otro’ a ser una simple pieza en el escenario multicultural» (Richard 1996: 7).

En torno a las nociones de transgresión y límite siguen pensándose diferencias culturales, marcos disciplinarios, diseños geopolíticos, prin-

³ Respecto a los post- que se han popularizado en la crítica cultural, Bhabha indica: «Estos términos que insistentemente señalan lo que está más allá [*the beyond*] solamente comunican su inquieta y revisionaria energía si transforman el presente en un lugar expandido y excéntrico de experiencia y de potenciación» (1994: 4).

cipios éticos y posicionamientos políticos. Este pensamiento, aplicado a distintos registros culturales, estéticos, ideológicos, y las narrativas (críticas, literarias) que genera, son el marco general que reúne los ensayos que se ofrecen a continuación.

Escritos en los últimos años en diversos momentos y contextos, estos trabajos se centran en temas dispares que, sin embargo, dialogan entre sí hasta dar forma a una serie de interrogantes y articulaciones teóricas, ideológicas y culturales que abarcan y rebasan sus campos específicos. En todos ellos se explora, de una manera u otra, la relación ideología/ estética como una de las claves principales a partir de las cuales puede desentrañarse el modo en que funciona la imaginación histórica en sociedades postcoloniales situadas desde el origen, conflictivamente, en la encrucijada de particularismo y universalismo, localidad y globalidad, experiencia y representación. Si la noción de límite es necesariamente ambigua y fluctuante, cada uno de los tópicos aquí enfocados se relacionará de modo peculiar con ese vasto horizonte de significación, articulando el pensamiento filosófico, político o social en inflexiones específicas y complementarias.

Temáticamente, estos estudios recorren un espectro que va desde la historia colonial y la estética barroca hasta la representación de la violencia en la literatura más reciente. Ya se concentren en figuras concretas del pensamiento latinoamericano o en problemáticas acotadas en torno a categorías, relaciones o procesos ideológicos y culturales, todas las aproximaciones críticas de este libro movilizan conceptos y propuestas teóricas que corresponden al vasto territorio de los estudios culturales y conectan con debates actuales sobre el sentido y orientaciones del latinoamericanismo y su lugar en el mundo de hoy. Sin embargo, estos estudios ejercen también una vigilancia constante sobre las presunciones del culturalismo, en el doble sentido del término «presumir», que apunta tanto a aquello que se conjetura o presupone, como a lo que se sostiene, a menudo con petulancia, en ese espacio de reflexión y de interpretación cultural.⁴

Se empieza con un ensayo referido a nuevas formas de recepción de la obra del Inca Garcilaso de la Vega, uno de los primeros letrados colo-

⁴ Sobre la relación entre estudios literarios y culturales y la definición del latinoamericanismo como campo de estudio, véanse de la Campa (1999b) y Moraña (2004).

niales que problematiza los límites de la historia europea al traer a colación la temporalidad sumergida del incario y sus legados múltiples, proyectados hacia el futuro postcolonial de la América hispana. La obra del Inca no sólo habita el límite (la frontera en que se funden unas razas con otras, diversos y enfrentados proyectos civilizatorios, oralidad y escritura, colonia e imperio), sino que exhibe el límite: lo explora y lo relata. De ahí el valor icónico del Inca, que ha pasado a convertirse, a través de múltiples y con frecuentes opuestas apropiaciones históricas y culturales, en el símbolo de lo que América puede y no puede llegar a ser. Su obra obliga a repensar conceptos como los de armonía interétnica, multiculturalismo y nación, llamando la atención sobre los diversos sistemas de pensamiento, visiones del mundo, tradiciones e intereses que coexisten conflictivamente en las ex colonias españolas. Su versión des-centrada y ex-céntrica de la utopía, concepto que de por sí constituye el relato de un límite y de sus transgresiones, interpela todavía los proyectos modernos y se articula con los fenómenos de fragmentación, heterogeneidad e hibridez que la postmodernidad reconoce como clave de los imaginarios actuales.

A su vez, la idea de límite es el fantasma conceptual del Barroco. Intrínsecamente asociado a la celebración del poder imperial, el Barroco es apropiado y redimensionado en el mundo colonial como el estilo que permitía penetrar desde la periferia el edificio consagrado del conocimiento europeo y asentar los cimientos sobre los que comienzan a elaborarse formas *otras* de conciencia social y de expresión simbólica, que hibridizan –colonizan– los modelos establecidos. Si ideológicamente el Barroco americano empuja el límite hasta constituirse en uno de los instrumentos principales en la elaboración de la conciencia criolla, su comportamiento estético pondrá también a prueba las ideas de armonía, equilibrio y jerarquía que parecían constituir la regla de oro de las artes y, en general, del pensamiento humanístico europeo. Adentro/afuera, arriba/abajo, colectivo/individual, público/privado, allá/acá, ocultamiento/mostración, constituyen dualismos que la exuberancia barroca rebasa y desautoriza al poner en tensión materiales, concepciones y valores que desbordan la mentalidad y las técnicas representacionales del Renacimiento. De ahí que la idea del Barroco como pliegue, elaborada por Deleuze en su estudio sobre Leibniz, sea la mejor forma concebida hasta hoy para representar las constantes reconfiguraciones del sentido

y la subversión de las fronteras cognoscitivas a partir de las cuales se organiza el pensamiento occidental. El pliegue barroco no constituye así solamente un estilo, o una cultura (en el sentido que le da José Antonio Maravall) sino una forma de *ser en el mundo*, un *ethos* (como lo entiende Bolívar Echeverría en *Modernidad, mestizaje cultural y ethos barroco*), una forma de comportamiento simbólico y un *modo de ser* a partir del cual se configuran las subjetividades colectivas. Implica una visión del sujeto como instancia en la que el exterior vuelve sobre sí, es re-aprehendido en el nivel individual a través de extensiones y reversiones, condensaciones y despliegues de tiempo, espacio y movimiento. Si el sujeto es sustancia esencialmente nomádica, su ser en el mundo podrá ser entendido deleuzeanamente como una serie de *devenires*, etapas de inestabilidad y de transformación que conducen constantemente a nuevas formas de ser también provisionales y, en este sentido, i-limitadas. El Barroco es, pues, uno de los más eficaces vasos comunicantes entre Viejo y Nuevo Mundo. Impactando las relaciones arte y sociedad, sujeto y objeto, percepción e intelecto, el Barroco inaugura dentro de los límites del colonialismo la primera modernidad americana.

Es quizá por este impulso de subversión del límite, de proliferación de significados, de hiperbólica saturación signíca y superabundancia de medios y propuestas que el Barroco se convierte en una estética en eterno retorno, a partir de la cual se repiensa de manera obsesiva el origen, la identidad, la relación entre cultura y poder, tiempo y sujeto, espacio público e interioridad, haciendo énfasis en las diseminaciones constantes que vinculan uno y otro extremo del espectro significativo. Las reencarnaciones del Barroco en el Neobarroco y en el Ultrabarroco en distintos momentos y lugares apuntan a modificaciones profundas en la configuración de subjetividades colectivas y de agendas de producción simbólica, pero también indican la continuidad de una voluntad transgresiva, beligerante, que siempre se articula a la estética y a la epistemología del pliegue y su insistente *retombée*. Temas como los de la diferencia, la *ruina*, la monstruosidad americana, el *accidentalismo*, el mestizaje, la explosión del sentido, la anomalía, están todos vinculados a la noción de límite; sugieren el momento en que la forma interroga al sentido: la ornamentación a la doctrina, el fausto del poder a sus miserias y sus exclusiones, la excepcionalidad a la norma, no porque la forma pueda concebirse como vacía de significado, sino porque materializa una verdad que de

otro modo permanecería latente e invisible. Como horror al silencio, el Barroco se sitúa en el límite de lo indecible: es la marca que hace, como quería Sor Juana, que el silencio hable, que *cuenta* como indicio de lo que calla, como relato de lo oculto, como denuncia y posicionamiento, colocando el lenguaje al borde del abismo de los significados.

El Neobarroco reactualiza ese comportamiento transgresivo que caracterizara al Barroco colonial desplegando un gran número de variantes e inflexiones nuevas dentro del panorama del siglo XX y lo que va del XXI, tanto en la literatura como en las artes visuales. Con la dessemantización del término y la diseminación del concepto original en diversas áreas de la cultura, el Neobarroco se rearticula al horizonte de la postmodernidad canalizando contenidos contraculturales de muy variada índole, dejando al descubierto las contradicciones del proyecto modernizador y sus estrategias de marginación y de opresión social. La obra de Pedro Lemebel ilustra algunos de esos puntos en las claves que corresponden a su tiempo: la relación entre sobresaturación signica y estética del margen, las conexiones entre neoliberalismo, mercado y postdictadura, las tensiones entre poder y deseo, trabajadas no como polaridades sino como zonas de superposición y mezcla, y como líneas de fuga que exponen casi pornográficamente la perversidad del sistema, el negativo de la imagen. En la escritura de este cronista de submundos urbanos, *diferencia y repetición*, en sentidos que hacen pensar en la reflexión deleuzeana, son los ejes de una poética del margen que exploran también otros artistas pertenecientes a la «escena de avanzada» chilena analizada por Nelly Richard en *La estratificación de los márgenes* y *La insubordinación de los signos*. En su originalidad y en sus manierismos, la narrativa de Lemebel es una insistente reelaboración de tópicos que el mismo autor contribuye, en gran medida, a desgastar. Su estética se instala en el límite mismo entre oralidad y literatura, y se apoya en la invención de un lenguaje suntuoso de neologismos e hibridaciones semánticas utilizado para vestir el esqueleto de una realidad ruïnosa e inevitablemente melancólica. La obra de Lemebel constituye, así, un *ritornello* que hace del límite entre ética y política, impunidad y culpa, la herida que es necesario revolver aunque sea para arruinar la fiesta neoliberal y dejar en evidencia la falta de alternativas de una izquierda arrasada por el pinochetismo que sólo logra rearticularse precariamente dentro de los parámetros previsiblemente restrictivos de la institucionalidad postdictatorial.

A un registro más abierto de teorización de intercambios culturales y sobre todo de comprensión de las relaciones entre dinámicas centrales y apropiaciones periféricas de modelos de conocimiento, representación e interpretación discursiva, pertenecen los ensayos sobre la obra de José Carlos Mariátegui y Ángel Rama, así como el estudio de la polémica Arguedas/Cortázar, reinterpretada aquí desde la perspectiva de debates actuales. Tanto en el caso de Mariátegui como en el de Rama, la especificidad latinoamericana es pensada de cara a procesos y discursos que tienen como núcleo diversas modalidades de articulación transnacional: el marxismo como propuesta emancipatoria, la transculturación como dinámica de recepción y reciclamiento de la modernidad en sociedades marcadas por las dinámicas del neocolonialismo y la dependencia económica y cultural. Las diversas maneras de entender el límite entre lo propio y lo ajeno, lo vernáculo y lo foráneo, vinculan la obra de Rama y de Mariátegui a la polémica Arguedas/Cortázar, y permiten leer los problemas de fondo a que remite este debate frente a cuestiones estructurales, ideológicas y culturales que encuadran y rebasan el intercambio entre estos escritores. En todos estos casos, como en el de los discursos que genera el concepto eurocéntrico de «literatura mundial», subsiste la pregunta acerca de las fronteras reales y simbólicas que definen identidades culturales, y acerca de la naturaleza de los intercambios entre América Latina y centros de poder político a nivel internacional. Todos estos ensayos problematizan la multiplicidad y los contradictorios sentidos de los intercambios, empréstitos y transposiciones que constituyen la esencia de *lo moderno* en el contexto latinoamericano.

Pero quizá ningún ejemplo ilustra mejor la radicalidad de la frontera entre existencia y relato que la literatura de la violencia, en sus diversas manifestaciones actuales. Por definición, esta escritura se ubica en la zona crítica que existe entre la institucionalidad de la sociedad civil y las acciones desplegadas por sectores marginados no articulados productivamente a los proyectos dominantes, a nivel nacional o internacional. Las representaciones de la violencia que se registran en las artes visuales, el cine, la literatura, el *performance*, etc., exploran las irrupciones individuales o grupales que quiebran el estado de derecho y los lenguajes a través de los cuales se expresan esas rupturas radicales. El cuerpo es el espacio principal en el que se dirimen esos enfrentamientos. Avasallamiento de derechos humanos, tortura, violación, masacre, y todo el uni-

verso de violencias privadas que atraviesan la cotidianidad cuando ésta está ganada por el pánico, la ira o la desesperanza, son algunos de los mecanismos que la violencia pone en marcha a través de sus particulares temáticas, técnicas narrativas y encuadres ideológicos. El cuerpo individual y el cuerpo social constituyen un límite cuya violación cambia definitivamente las coordenadas del mundo creando, como la máquina de guerra de Deleuze y Guattari, un nuevo espacio/tiempo y, con ello, formas inéditas de inmanencia y de exterioridad, ajenas al Estado.⁵ Pero si la violencia afecta primariamente al cuerpo como lugar del ser y la experiencia, ella impacta asimismo, con fuerza similar, los modelos de conocimiento, el mundo de las emociones, el lenguaje y los imaginarios que sostienen a la comunidad y en los cuales se apoyan los paradigmas de reconocimiento y auto-reconocimiento social.

La exploración del límite a través de la incursión masiva de la violencia se hace evidente en la novela de Evelio Rosero, donde la exterioridad absoluta del terror desatado desde todos los frentes invade cada resquicio del ser individual y colectivo: la afectividad, los valores comunitarios, la sexualidad, la memoria, el entendimiento. En *Los ejércitos* todos los límites han sido transpuestos y disueltos hasta hacer de la comunidad una materia amorfa, donde el nombre propio ya no designa el lugar del sujeto, ni el deseo se distingue del impulso de muerte. La novela enfrenta al lector a lo que Julia Kristeva identifica, en su lectura de Céline, como los desafíos incesantes de la abyección y los «poderes del horror»: el texto es fuente de rechazo y atracción, seducción y repulsión, líneas que convergen sobre la conciencia enajenada y al mismo tiempo dolorosamente lúcida de aquél que observa y que desea, condenado como está a la voracidad de su mirada. Aquí no sólo la violencia es un límite: también lo es la conciencia y las imágenes a partir de las cuales ésta se disemina en el presente.

Junto a los estudios literarios, *La escritura del límite* incorpora también reflexiones sobre la teoría y la práctica transdisciplinaria de los

⁵ Deleuze explica que la máquina de guerra (que no se relaciona con la guerra *per se*) constituye una forma particular de relación con el espacio y el tiempo, que crea nuevas coordenadas, como proponen, por ejemplo, el arte o ciertos cambios revolucionarios. Así entendida, la máquina de guerra tiene una naturaleza radicalmente distinta a la del Estado, ya que opone a la inmanencia de éste su pura e irreductible exterioridad (Deleuze/Guattari 1987: 352, 354)

estudios culturales, que se enfrentan a desafíos político-ideológicos estrechamente ligados a los cambios que sufre el Estado-nación, las nociones modernas de identidad, territorialidad y ciudadanía, los conceptos de gobernabilidad, consenso y sociedad civil, los procesos de producción y consumo del conocimiento, y tantos otros aspectos vinculados al funcionamiento social que parecían fundamentales e inamovibles durante la plena vigencia de la modernidad. No se trata, sin embargo, de que se esté asistiendo a un descaecimiento rotundo y definitivo de modelos anteriores, sino de un proceso de superposición de paradigmas,⁶ perpetuación de algunas categorías anteriores, cancelación de otras, y surgimiento de nuevas propuestas que intentan responder a vivencias inéditas con aproximaciones innovadoras en las que se entrecruzan la teoría política y social, la filosofía, la antropología, los estudios científico-tecnológicos y el análisis de fenómenos urbanos.

El tema de la «literatura mundial» es una de las coyunturas críticas que requiere inscribir la reflexión sobre América Latina en contextos mayores: el del occidentalismo, el de la universalidad, el cosmopolitismo y la (post)modernidad. La polémica en torno a los contextos críticos que rodean los procesos de producción y diseminación del producto literario, así como la evaluación de las formas de recepción y consumo del mismo en distintas latitudes obliga a repensar la problemática del eurocentrismo, los factores que influyen en la formación del gusto cultural, y los procesos de canonización que han guiado a través de los siglos el ordenamiento historiográfico y la valoración de la literatura tanto en el Viejo Continente como en los territorios de ultramar. Las formas de institucionalización cultural, la elaboración de los legados de la tradición, los impulsos foráneos que colonizan las que Rama llamara culturas «interiores» de América Latina, resultan incomprensibles sin una revisión de los conceptos de *lo nacional*, sin una crítica de la modernidad y un análisis de las formas de hibridación que atraviesan la historia cultural latinoamericana, combinando vertientes europeas con culturas vernáculos y con las diversas formas multiculturales que llegan a América en olas migratorias a lo largo de los siglos, desde el descubrimiento. *Lo*

⁶ «It is part of the paradoxical nature of postmodernism that old categories do not die; instead they stick around, generating influence anxiety» (Moulthrop 1997: 269).

nacional, como tal, es impensable sin un rebasamiento de los límites que la misma noción de nacionalidad pone en funcionamiento, sin un análisis de los procesos transnacionales y transhistóricos que cruzan y penetran las culturas *impuras* que coexisten en estrecha vinculación y también en tensa competencia en el contexto del occidentalismo.

Finalmente, es obvio que todos los problemas a los que remiten los estudios que se ofrecen en *La escritura del límite* tienen como marco las cuestiones abiertas por la globalización y su convergencia con la colonialidad que marca toda la historia de América Latina. Lo global y lo local son instancias concretas de nuestra materialidad económica y política y, por lo mismo, categorías discursivas imprescindibles para la conceptualización del mundo en que vivimos. «El disciplinamiento de los estudios culturales» apunta a una revisión de las nociones centrales de la modernidad tal como éstas son relevadas y analizadas por los estudios culturales, los cuales están también expuestos, como es obvio, en tanto práctica académica, intelectual y política, a los vaivenes de la ideología. Si el ejercicio de los estudios culturales se propuso desde sus comienzos como una promesa de transgresión disciplinaria y apertura de los imaginarios de la crítica y la teoría cultural —una conquista, en este sentido, de un espacio de reflexión y análisis situado más allá de las restricciones y compartimentaciones que los sistemas establecidos de saber/poder imponen sobre el conocimiento— sería hora de realizar un balance sobre las formas en que esta nueva aproximación a lo social y a lo cultural ha efectivamente impactado nuestra aprehensión de la realidad y nuestra capacidad de actuar sobre ella. Sería quizá también hora de evaluar los grados de cooptación que esta práctica presenta hoy en día ante los desafíos de los nuevos tiempos, por ejemplo, ante el fortalecimiento del neoliberalismo en sociedades periféricas del capitalismo central, de cara al resurgimiento del populismo y a los cambios que se están produciendo a nivel internacional. La relación cultura/mercado, la modificación de la función intelectual en las últimas décadas, los cambios en el concepto de *cultura nacional*, el surgimiento de nuevas formas de *inter-* y de *transnacionalismo*, son algunos de los procesos que ponen diariamente a prueba los protocolos de disciplinas surgidas bajo muy distintas condiciones de desarrollo cultural y en contextos político-ideológicos muy diversos a los actuales. Ante los panoramas del presente, marcados por el incremento de la migración, el predominio de los mundos virtuales, la trans-

nacionalización del capital financiero, etc., ¿cómo articular preguntas y avanzar respuestas aunque sea provisionales sin teorizar desde nuevas perspectivas la noción de conflicto y de cambio social, sin revisar los fundamentos filosóficos y las realidades sociales de la modernidad que hoy vemos atravesadas por múltiples fisuras? El tema del multiculturalismo nos introduce de lleno en la problemática de la diversidad y la *diferencia*, pero sobre todo en el problema siempre irresuelto de la desigualdad, que es la noción que acecha siempre, sobre todo en áreas periféricas, en los análisis sociales y en el debate político. La cuestión de la raza y el género, la conceptualización del Otro como el afuera constitutivo de la identidad, la función del Estado en la regulación de la subjetividad y la memoria colectiva, constituyen instancias cruciales en la definición de la *diferencia*, noción central en el espacio descategorizado y fluctuante de la postmodernidad. El debate sobre el multiculturalismo analiza particularmente la construcción del límite —intersubjetivo, intercultural, interlingüístico, interracial— y las múltiples negociaciones que problematizan y en muchos casos desautorizan esas demarcaciones. La estética del límite explora justamente esos lugares reales y simbólicos de la imaginación contemporánea: las áreas de contaminación, intercambio e impureza que conectan individuos, proyectos y culturas. Los ensayos que componen este libro buscan iluminar estos espacios de incertidumbre, exploración y resignificación permanente, entendiendo que es justamente en esas zonas de máxima tensión en las que lo social rebasa los modelos dominantes y en las líneas de fuga que se proyectan hacia nuevos horizontes poéticos y políticos donde parece residir el sentido profundo de nuestro tiempo.